

Preguntó el portero viéndole reflexionar.

—Precisamente estaba haciendo memoria, y creo que estará donde me figuro.

—¿De veras?

—Casi estoy seguro de ello.

—¿En casa de algun amigo?

—De una persona á quien iba á prestar un favor muy grande.

—¿Y va vd. por él?

—Sabe que voy á un baile, y espero que vendrá á buscarme á él. Adios; buenas noches.

—Adios, D. Enrique.

Y el gallardo jóven se alejó de la casa de su amigo, bastante inquieto y sobresaltado, no obstante el consolador pensamiento de creer que le hubiese detenido á comer la persona á quien habia jurado salvar.

Dejémosle pues meditando, y sigamos los acontecimientos que nos están esperando.

CAPITULO XXII.

Las posadas.

Poco despues del anterior diálogo entre Enrique y el portero de Miguel, se detenia un coche particular enfrente de una espaciosa casa, situada en la risueña calle de Plateros.

El auriga saltó del pescante, abrió la portezuela del carruaje, y en seguida bajaron de él una señora y un caballero elegantemente vestidos, que llamaron á la puerta.

Eran Luisa y Fernando.

El portero los reconoció; desprendió la cadena que sujetaba la puerta, y entraron á un espacioso patio cuadrilátero, que presentaba en aquel momento una vista pinto-

resca y seductora, que bien daba á entender, al ojo algo versado en las agradables costumbres de aquel delicioso país, que allí se celebraban unas magníficas *posadas*.

El ancho patio, al rededor del cual se levantaba el edificio, sostenia, sobre esbeltas columnas de granito, un grandioso corredor cubierto de odoríferas y exquisitas flores que, en elegantes macetas embutidas en una baranda de hierro que servia de antepecho, revelaban la predileccion con que las bellas y simpáticas mexicanas, miran los tiernos objetos que forman las delicias de Flora. En el espacio que mediaba desde la puerta del zaguan á la cómoda escalera de piedra, se destacaban de uno y otro lado, multitud de naranjos, limas y limoneros, colocados en hermosísimos barriles que ostentaban los lindos colores del pabellon nacional. Mil pintados farolitos á la veneciana, colocados en vistosos cordones de seda encarnados que pasaban por unos anillos embutidos en las columnas del patio y del corredor, orlaban los dos cuerpos del edificio, remedando otros tantos globos iluminados, que se

mantenian oscilando suavemente al dulce soplo de un ambiente perfumado por tantas flores reunidas.

A izquierda y derecha de la escalera, empezando desde el primer peldaño hasta penetrar en el ancho corredor, se descubrian graciosos y bruñidos tiestos, sembrados tambien de las mas exquisitas flores que produce la bella region de la vírgen América.

En aquella mansion todo era luz y perfumes.

Para el europeo, acostumbrado á ver en el riguroso mes de Diciembre, cubierta la tierra de una capa de nieve, despojados los árboles de sus hojas por los duros hielos, sin fruto las huertas, sin rosas los jardines, ¡cuán sorprendente y agradable es la vista de esos pensiles domésticos, donde nunca mueren las flores, donde siempre sonrie la naturaleza, donde á todas horas se aspira un ambiente embalsamado!

Nada hay de exagerado en el colorido de mi pintura. Cuanto digo, no es otra cosa que la exacta copia de la verdad.

Mi intento no es llenar la mente de mis

lectores con deslumbrantes falsedades que la entretengan. Mas noble, mas digno es mi empeño.

Lo que digo del edificio que nos ocupa, es aplicable á la mayor parte de los que embellecen la grandiosa capital del antiguo imperio de Moctezuma.

Cuando Luisa y Fernando penetraron al patio, los cuatro lados del corredor estaban llenos de elegantes jóvenes, que esperaban con ansia, la hora señalada para empezar las *posadas*.

Fernando saludó al pasar, á varios de ellos; y luego, dando el brazo á su esposa, entró á la sala, donde se adelantó á recibirles, urbano y obsequioso, el dueño de la casa. Los ojos de todos se fijaron en la hermosa compañera del afortunado esposo, y un murmullo de admiracion se dejó escuchar por todos los ángulos.

—¡Qué lástima—dijo un almibarado pollo á varios amigos con quienes cuchicheaba en uno de los ángulos—que una mujer tan linda pertenezca á un hombre tan feo!

—Siempre los mas horrorosos se llevan

lo mejor; y esto viene sucediendo desde los tiempos mas remotos, pues vemos al cojo Vulcano, á quien Júpiter le echó á punta-piés del cielo, al verle tan feo, casarse con Vénus, la mas hermosa de las diosas.

—Pero por eso tuvo que sufrir las infidelidades de su antojadiza cónyuge.

—Está visto—dijo el primero que habia hablado—que los feos no debian casarse.

—Al contrario creo yo:—advirtió un semigallo que no tenia todo lo de Adonis.—El ser feo es una cualidad de inapreciable valor para marido.

—Sí; para un autor dramático que busca contrastes.

—La falta de hermosura—contestó el defensor de los feos—se suele compensar generalmente, con mayor cantidad de cariño, de talento, de juicio y de fidelidad.

—Ese es el argumento de todos los feos. Nuestro semigallo quedó algo corrido con aquella contestacion, y no quiso seguir la defensa de los rostros que tenian puntos de contacto con el de Picio.

Luisa se sentó al lado de la señora dueña

de la casa, y cada cual volvió á ocupar el sitio que le correspondia, deseando con impaciencia que diese principio la *posada*.

Pero en tanto que ese instante anhelado por los aficionados á Tersícure llega, entretengámonos en examinar el local donde van á moverse tantos piés, latir tantos corazones, y aventurar tal vez declaraciones de amor, que son el alimento de las almas jóvenes.

La sala estaba adornada con un lujo y gusto exquisitos. Una rica alfombra azul celeste con rosas blancas y encarnadas, primorosamente trabajadas, cubria el terso pavimento. En cada extremo se descubria un magnífico sofá de exquisita hechura, forrado de damasco de seda encarnado, en medio de dos exquisitas consolas que sostenian cada una un espejo de cuerpo entero con marco dorado, con remates y molduras de un mérito extraordinario. A los lados de cada espejo, ricos jarrones de porcelana de China con labores doradas, sostenian delicados ramos de flores naturales, cogidas en las risueñas chinampas de Ixtacalco y Xochi-

milco. Delante de cada uno de estos espejos se veia un candelabro de plata, figurando un Neptuno, cuyo tridente lo formaban tres boquillas en que ardian igual número de velas de esperma. Otras dos consolas, idénticas á las primeras, y de la misma manera adornadas, ocupaban, una enfrente de la otra, los costados de la sala. Riquísimas cortinas de damasco de seda, haciendo juego con los sofás y la sillería que tambien estaba forrada del mismo género, velaban las puertas vidrieras de los cuatro balcones y las de las alcobas con quienes tenia comunicacion. Dos primorosas arañas de cristal, de doce luces cada una, colgaban de un lujoso cielo raso, pintado con exquisito gusto, y un magnífico piano de cola, de una madera extraña y de agradable olor, se ostentaba, abierto, en el espacio que mediaba entre los dos balcones céntricos.

La concurrencia que ocupaba el local que de describir acabamos, era numerosa y escogida.

El traje de los hombres se componia de frac y pantalon negros, chaleco, corbata y

guantes blancos, zapato de lustroso charol, contrastando con una media fina y blanca como la nieve.

En los vestidos de las señoras no habia uniformidad, aunque todos eran de mucho lujo y de gran gusto.

En medio de tanta opulencia como por todas partes reinaba en aquel recinto, llamaba la atencion un grupo de hombres acurrucados entre las puertas del último balcon de la sala, vestidos de chaqueta, sentados sobre sillas de menos lujo, teniendo entre los piés doblado el capote y encima de él puesto el sombrero *jarano*. Estos hombres, entre quienes se ven dos ciegos con su correspondiente lazarillo, son los músicos que esperan el momento en que les manden tocar. Uno de los ciegos tiene entre sus manos el bandolon de brillantes voces; el otro apoya sobre sus muslos una guitarra de inmensas dimensiones llamada *bajo*; y los restantes ostentan dos flautas, *jaranita* y harpa.

Preciso es haber oido tocar á estos hombres, para conocer el gran talento músico

que tiene el pueblo de México para el bello arte de Rossini.

Por mí, aseguro que nada he oido que mas propio y agradable me parezca para un baile, como los instrumentos que de nombrar acabo, cuando están pulsados por personas inteligentes.

En medio de aquella escogida concurrencia de hermosas jóvenes, que ostentaban todos los encantos con que los poetas describen á las heroínas de sus poemas, descollaba gentil y esbelta la hechicera Luisa, como una vírgen de Murillo rodeada de los alados ángeles que la contemplan.

Animada en una grata conversacion que mantenía con la señora de la casa, mujer instruida y de talento, su semblante revelaba ese placer inocente y puro que se refleja en una sonrisa franca y celestial; en una de esas miradas cariñosas que brotan del corazon de la mujer cuando goza de veras.

Un elegante jóven que ocupaba el sitio que estaba á su derecha, y que anhelaba entrar en conversacion con ella, la dijo:

—Por fin tenemos la dicha de que ocurra vd. á nuestras *posadas*.

La esposa de Fernando volvió la cara hácia el jóven que le dirijia aquella galantería, y contestó con la afabilidad que tantos hechizos tiene en una hermosa.

—La dicha es mia; y si en mí consistiera, no perderia un solo dia sin gozar de la amable compañía de la recomendable señora de esta casa.

—Mil gracias.

Contestó ésta, viendo que Luisa la miró al decir las últimas palabras.

—¿Y no ha venido su hermano de vd. Enrique?

Añadió el jóven, procurando prolongar el diálogo.

—No debe tardar en venir.

—¿Le ha visto vd. hoy?

—Hace una hora.

—¿Y ha dicho que vendrá al baile?

—Me lo ha prometido.

—¿Cuánto me alegro!

—¿Le conoce vd?

—Mucho, aunque no he tenido la dicha de tratarle.

En este mismo instante apareció en la puerta de la sala Enrique, dirijiendo la vista hácia todas partes como buscando un objeto. En su rostro se pintaban la agitación y la impaciencia, el temor y la inquietud. Sus ojos recorrían, con una rapidez telegráfica, todo el local.

—Allí le tiene vd.

Dijo Luisa al jóven, señalando hácia el sitio en que permanecía su hermano.

En aquel instante se presentó el dueño de la casa, diciendo en alta voz:

—Señores, á rezar.

A estas palabras, todos se levantaron para ocupar cada cual el sitio que le correspondia.

Enrique, que, como hemos dicho, recorría con la vista el salon, aprovechó aquel movimiento en que todos estaban ocupados, para hablar á Luisa, y la dijo al oído:

—¿Has visto á Miguel?

Luisa quedó sorprendida con esta inesperada pregunta; pero contestó al instante.

—No; no le he visto.

—¿Tampoco ha estado, despues que te dejé, bajo el arco del acueducto?

—Tampoco.

—¿Dios quiera que no le haya sucedido ninguna desgracia!

—¿Desgracia? ¿por qué?

Dijo Luisa sobresaltada.

—Todo el dia ha estado fuera de su casa, y esta es la hora en que nadie sabe de él.

—¿Dios mio!

Exclamó Luisa involuntariamente y sin poder contener una exclamacion de dolor que encerraba mas ternura que todas las frases inventadas para expresar los íntimos afectos del corazon. Pero cuando se disponia á dirigir una pregunta á Enrique, ya éste habia desaparecido del salon.

La señora de la casa, que advirtió el cambio repentino que se habia operado en el rostro de Luisa, la dijo con afabilidad:

—Se ha puesto vd. pálida: ¿está vd. mala?

—No señora, no es nada.

Contestó la esposa de Fernando, procurando disimular la turbacion de su espíritu:

—Tal vez alguna mala noticia.

—Sí, eso es;—respondió Luisa turbada, sin saber qué decir—una mala noticia: la muerte de una amiga de Guadalajara.

—Lo siento infinito.

—Gracias.

Por fortuna de Luisa, el rosario empezó en aquel momento, y cortó el diálogo que, á durar mas, podia haber descubierto lo que tanto le convenia ocultar.

Todo el mundo se puso de rodillas ante las imágenes de la Virgen y San José, que colocaron en unas primorosas y pequeñas andas encima de una mesa.

Luisa era en extremo religiosa, y sin embargo, en aquel momento, la oracion y el pensamiento estaban á distancias tan encontradas como está el cielo de la tierra. Las palabras de Enrique habian ido á caer en lo mas delicado de su alma; amaba á Miguel, como en el dia que juró ser suya para siempre, y no es fácil despojarnos de las afeciones que han alimentado nuestra existencia, que han crecido con nosotros, que nos han seguido á todas partes, que hemos

acariciado á todas horas. Seria preciso no haber nacido de la tierra, para no pagar tributo á las debilidades humanas. El alma de Luisa era pura; pero estaba encarcelada, como todas, dentro de un corazon formado del barro comun; y mientras aquella luchaba por elevarse á Dios, el segundo la detenia en el círculo de sus pasiones, y le presentaba seductora, la imágen del hombre por quien habia latido de amor, obligándole á ocuparse en su memoria. Sin embargo, Luisa hacia todos los esfuerzos imaginables por desterrar la idea terrena que se sobreponia á la idea religiosa; pero era inútil su afan. Así como en un cuadro antiguo resalta la pintura primera al traves del fondo puesto sobre ella para colocar otra nueva, de la misma manera la imágen de Miguel, que era la única que el amor con buril eterno grabó en el corazon de Luisa, resaltaba sobre todos los demas pensamientos que llamaba en su auxilio, para fijarse en el primer objeto que la hizo presentir una vida de inefable felicidad.

Las palabras de Enrique la hicieron creer

que corria algun peligro, ó que quizá era ya víctima de sus enemigos políticos; y este noble terror, unido al dulce recuerdo de una pasion no extinguida, aunque sí mitigada por los deberes de esposa y las afecciones de madre, este doble sentimiento, repito, hacia que su oracion y su mente no marchasen unísonas á un centro comun.

Al dar fin á los misterios y empezar la letanía, á cada uno de los concurrentes de ambos sexos se le dió una vela de cera, y todos se pusieron en pié formando de dos en dos. Luisa hizo esta operacion maquinalmente. Cuatro señoritas cogieron las andas en que estaban los santos, las cargaron sobre sus delicados hombros, y se colocaron en medio de la hilera. Dispuestos de esta manera, los músicos se pusieron detras de la procesion, que echó á andar cantando la letanía, acompañada por los instrumentos.

¡Qué espectáculo tan interesante presentaba entonces aquel cuadro animado! Mas de cincuenta hermosas jóvenes, de ojos negros, velados por largas y sedosas pestañas, de pelo suave que rivalizaba con el ébano,

de bellisimos rostros como el cielo de su patria, de esbeltos talles y pequeño pié, vestidas de finisimas telas; caminaban cantando con argentinas voces la letanía, por en medio de las flores del iluminado corredor, de la escalera y del patio, como otras tantas Driadas en medio de las selvas, ó cual virgenes vestales que conducia cada una en su torneada mano el fuego al templo de la diosa.

Luisa marchaba al lado de la señora de la casa, con paso magestuoso, sereno el rostro é inquieto el corazon, dirijiendo con disimulo sus bellos ojos á todas partes, para ver si descubria á Enrique. Pero su hermano habia sin duda salido, y el corazon de la jóven latió con mas violento sobresalto, porque en la desaparicion repentina de Enrique y la inquietud que por la suerte de Miguel demostraba, veia una desgracia que en su imaginacion iba adquiriendo colosales proporciones.

La procesion, despues de haber recorrido el patio, volvió á subir la escalera, y se detuvo en el corredor, fuera de la puer-

ta de la sala, concluyendo entonces la letanía: unas cuantas señoras, con otros tantos hombres, acompañados de la mitad de los músicos, habian entrado en el salon; el resto de la procesion quedó fuera con los santos.

Esto figuraba que, San José y la Virgen con su divino Hijo Jesus, pedian posada cuando marchaban de Nazaret á Belen.

Entonces los que se habian quedado en el corredor, cantaron este verso, acompañado de la música:

Si en vuestra alma existe
Virtud adorada,
En noche tan triste
Cedednos posada.

A esta súplica respondieron los de dentro de esta manera:

Aunque amor nos sobre,
Posada no damos,
Porque es chica y pobre
La casa en que estamos.

Aquí siguieron cruzándose varios versos entre los que pedian posada y los que la

negaban; hasta que por último, al escuchar los nombres de las personas que solicitaban un rincón para pasar la noche, respondieron los de dentro, abriendo la puerta:

Abranse las puertas
Con grande alegría,
Que viene Jesús
Con José y María.

A estas palabras siguió un regocijo general; todos penetraron en la sala: cada cual apagó la vela que en la mano llevaba; los santos se dejaron para el día siguiente en una pieza interior: los músicos volvieron á colocarse detras del último balcon, y los jóvenes, llenos de vida, de ilusion y de esperanza, se dispusieron para bailar.

¡Dichosos momentos de la existencia del hombre son estos en que la imaginacion realiza todos sus deseos; en que la voluntad alcanza todas sus esperanzas! ¿Quién piensa en esas horas de placer, en que los deleites y las ilusiones tienden sus blancas alas sobre nuestras cabezas para mostrarnos el mundo por la óptica de lo ideal y de

lo bello, en desventuras y amargas realidades? ¿Quién piensa, en medio de las flores y de la luz, en las espinas y en las tinieblas? ¿Quién piensa en medio de los juramentos de amor, al escuchar de los amantes labios del objeto que divinizamos, palabras tiernas y apasionadas, en desengaños y traiciones?

La vida es sueño, dijo nuestro gran poeta Calderon de la Barca, y en ese breve epigrafe pintó el mundo; pintó toda la existencia de la criatura humana.

La vida es sueño, sí: quien sueña, vive; quien despierta muere, tanto en el orden moral como en el orden físico.

¡Dichosos los que nunca pierden sus ilusiones, porque éstos viven soñando en lo que no existe, y soñando pasan á la eternidad donde despiertan muriendo para el mundo!

En aquella escogida concurrencia, todos soñaban. Fernando y otros aficionados á la política, con el bien de la patria; las jóvenes con los juramentos de amor de sus amantes; y éstos, con la virginal sonrisa y el eterno cariño de la mujer que juzgaban

cautiva de sus gracias, de su talento, de su afabilidad. Solo Luisa estaba despierta contemplando la realidad de su desgracia. Los primeros vivían porque soñaban; la segunda moría de amargura porque había despertado ya.

En aquel momento, la música anunció un wals: los jóvenes corrieron á sacar sus parejas; el dueño de la casa invitó á bailar á Luisa, que admitió en el acto; Fernando, y varios de su comunión política, se quedaron sentados hablando en voz baja de asuntos políticos, y mientras el salón presentaba el aspecto de un eden de delicias, Enrique buscaba por los cafés, por el teatro, por todas partes á su amigo Miguel.

CAPITULO XXIII.

El baile de posadas.

Acababa de concluir el wals, y Luisa, pretestando calor y deseo de recibir el aire, suplicó al dueño de la casa que había bailado con ella, tuviese la bondad de sentarla enfrente á la puerta que servía de entrada al salón. Pero no era el calor ni el deseo de gozar del grato ambiente, quienes formularon aquella súplica, sino la inquietud con que esperaba la vuelta de su hermano Enrique; y si la esperanza es el consuelo de los desgraciados, el esperar es la agonía de todo el que padece y el tormento de los que se creen felices. Le parecía que, teniendo fija la vista en el sitio por donde debía entrar el objeto anhelado, llegaría mas pron-

to; y preocupada con esta idea, tan comun en la criatura humana, apenas acertaba á apartar los ojos del ancho corredor, para dirigirlos de vez en cuando, á las personas que le dirijian la palabra.

En aquel momento, como es costumbre en México en todo baile de posadas, se presentaron en la sala dos criados de la casa, conduciendo cada cual un rico azafate con primorosas cajitas chinescas de marfil con delicadas labores y calados, dentro de las cuales se encerraban exquisitos dulces.

A cada uno de los convidados fué regalando el dueño de la casa una de las expresadas cajitas.

Terminado este galante obsequio, indispensable en tales fiestas, se presentaron los mismos criados, seguidos de otros tres, unos con exquisitos helados, otro con delicados pastelitos y bizcochos, y los restantes con brillantes copas de generosos vinos, recorriendo todas las localidades, para que los que no querian molestar se pasando á la antesala á refrescar, tomasen lo que mas apetiesen sin moverse del salon.

Del número de éstos fué Luisa, que, cuidadosa de la llegada de Enrique, no queria separarse del sitio que ocupaba.

—¿Y en dónde se ha escondido su hermano de vd?—Dijo acercándose á ella el mismo jóven que vimos antes dirigirle la palabra.—No le he vuelto á ver en toda la noche.

—Ha tenido que salir á visitar á un amigo.

—¿Es decir que volverá?

—Espero que sí.

—¿Y piensa vd. venir las nueve noches?

—Segun disponga mi esposo.

—Me alegraré que venga vd. á embellecer la fiesta.

—Mil gracias.

—Mañana le toca la posada al ministro R. que, como sabe vd., es hombre franco y rico, y espero que será espléndida.

—La de hoy me parece muy buena.

—Sin duda; pero ya sabe vd. que cada uno procura exceder al que le ha precedido, y si hoy ha empezado con cajitas de marfil, no será difícil que acabe con canastillos de plata (1).

(1) No hay en esto ninguna exageracion; posada he via-

—Así lo creo.

—Para mí no hay época mas agradable que la presente. Por todas partes no se oye mas que música, cohetes, canto y agradable bullicio.

—Como que tengo entendido que solo aquí se celebran las *posadas*.

—Sin duda: es una costumbre nacional, enteramente mexicana.

—Que la practican todas las clases de la sociedad.

—Desde la mas opulenta hasta la mas humilde; desde la alcoba de dorada techumbre, hasta la triste accesoría de carcomidas

to yo en la calle del Empedradillo, en que se repartieron canastillos de plata, llenos de dulces á todos los concurrentes, habiéndole costado el baile, á quien le tocó dar la posada de aquella noche, seis mil duros. Estas posadas, para que el lector sepa cómo se conciertan, están dispuestas de la manera siguiente: desde el día 1.º de Diciembre, busca el dueño de la casa, en que aquellas se van á celebrar, ocho amigos de confianza con quienes reparte las nueve noches, dándole á cada cual una, y quedándose él con otra; á lo que llaman *tomar una posada*. Combinado así el plan, convidan los nueve individuos á las familias de su aprecio. Estas fiestas empiezan el día 16 y acaban en la noche de Navidad.

paredes. Si los ricos reparten lujosos canastillos, la clase media agasaja con vistosos alcatraces llenos de exquisitas pastillas; la que sigue, con almendras y anises á que dan el nombre de colacion; y la infima con cacahuates que distribuyen con abundancia: si nuestras elegantes jóvenes conducen en lujosas andas las bien hechas esculturas de los santos peregrinos, sobre los hombros de las hermosas de la clase media se ven otras graciosas, si no tan ricas, sosteniendo lindas imágenes de cera; mientras que la gente mas pobre, en vez de andas, lleva una tabla con santos de barro, al rededor de los cuales se descubren algunos cabos de velas de sebo con que alumbran la procesion.

—Es verdad.

Contestó Luisa distraida, viendo que su interlocutor habia acabado de hablar. Este, fijando luego la vista en el sitio en que el bastonero acababa de colocar un cuadro con letras grandes, dijo.

—Está anunciada una contradanza: ¿tiene vd. la bondad de bailarla conmigo?

—Con mucho gusto.

—Mil gracias. Pero dispense vd. si me alejo del lado de vd. por un momento: veo en la antesala á un amigo que me hace señas para que me llegue á él. y deseo saber lo que tiene que comunicarme.

—Está vd. dispensado.

—Soy con vd.; hasta luego.

Y el jóven se dirigió á la pieza contigua en que habia varios jóvenes tomando helados y pasteles.

Luisa, cuya inquietud y zozobra se aumentaban por instantes, volvió á elavar los ojos en la puerta por donde con frecuencia entraban nuevos personajes; pero en vano, porque no parecia el hombre que esperaba.

Nuevos pasos que oyó de alguno que venia por el corredor, llamaron su atencion, y á poco apareció en la puerta Miguel.

Un vuelco dióle el corazon dentro del pecho á la infeliz.

—¡Vive!...

Dijo interiormente llena de alegría. Pero luego, por uno de esos misterios inexplicables que existen en el corazon humano, vol-

vió á caer en nuevos temores y en una nueva melancolía.

—¡Qué viene á buscar aquí?...—se interrumpió Luisa.—¡Es una imprudencia!...

Y apartó los ojos de aquel hombre á quien amaba y á quien no queria ver.

Miguel se quedó en la puerta de la sala sin atreverse á penetrar en ella: sus ojos grandes, se veian amortiguados y sin brillo; el cabello cubierto de tierra en algunas partes, y la corbata en desórden y mal lazada.

Luisa volvió á mirarle, y al notar el desaliño en que iba, se estremeció en la silla.

Miguel, que no habia visto al llegar, que se encontraba tan cerca de él la mujer que idolatraba, porque cuidados importantes le habian llevado á aquella casa, registraba desde la puerta todo el salon, hasta que alarmado por no encontrar lo que sin duda buscaba, exclamó:

—¡No está!... ¡Habría caído en el lazo!...

Y sin poder moderar su impaciencia y su dolor, continuó recorriendo con la vista

el resto del salon, hasta que sus ojos fueron á fijarse en Luisa.

Apenas se atrevió Miguel á dar crédito á sus ojos, y se quedó extático, dudando de lo mismo que veia. A la vista de aquella mujer que ejercia sobre su corazon un poder inexplicable, se olvidó de cuanto le rodeaba, del objeto que le habia llevado á aquella casa, y hasta de sí mismo.

Luisa, que habia alzado la vista entonces para contemplarle, al encontrarse con su mirada, apartó de repente los ojos de aquel hombre que era todo su amor, temiendo que su faz reflejara las afecciones íntimas de su alma.

Por fortuna de ella, la música empezó en aquel instante, y el jóven á quien habia prometido la contradanza, acercándose respetuoso á ella la sacó á bailar.

Miguel, cautivado por las gracias de aquel sér que absorvia todas sus potencias, la seguia desde la puerta devorándola con los ojos, sin reparar en nadie de los que en la sala estaban, y entre los cuales habia tal

vez uno que observaba hasta el mas leve de sus movimientos.

—¡Miguel!

Exclamó un hombre detras de él que le sacó de su éxtasis.

—¡Enrique!

Contestó Miguel abrazándole.

—¿Dónde has estado todo el dia?

—Encerrado.

—¿Has avisado á D. Antonio del peligro que le amenaza?

—No.

—¿Cómo!

—Me ha sido imposible.

—¿Por qué?

—He estado preso.

—¿Preso!

—Sin duda.

—¿Por qué causa?

—Porque Rossi lo habia dispuesto así.

—¿En la Acordada?

—No.

—¿Pues dónde?

—En una miserable casucha de indios.

—¿Y te ha dejado en libertad?

—No; he huido en compañía del indio que me custodiaba.

—Semejante generosidad en un agente de Rossi me sorprende.

—Es que ese agente me debía la vida.

—¿Será posible?

—Cuando fuí secretario del ministro, cayó prisionero, y le salvé de ser fusilado: así es que esta noche al entrar armado en mi cuarto para dejarme algo de comer, me reconoció y quiso pagarme el favor que me debía.

—Pero ¿cómo caíste en poder de Rossi?

Miguel satisfizo á la pregunta de su amigo contándole todo lo que el lector conoce ya. Enrique conoció entonces que la esquila recibida por él, había sido escrita con el mismo intento, y resolvió no acudir al día siguiente al sitio que había señalado en su contestación.

—¡El cielo nos favorece!—añadió Enrique volviendo á abrazar á su amigo:—Así podremos prestar un servicio á quien de otra manera hubiera salido desterrado.

—No abrigo yo esa confianza.

—¿Por qué?

—Porque no veo aquí á D. Antonio.

—Tal vez estará en su casa.

—Antes de resolverme á venir al baile, me he dirigido á ella, y no le encontré.

—¿Y crees tú. . . .

—Creo que le ha sucedido alguna desgracia; creo que el mal está ya hecho, de lo contrario él no faltaría á estas posadas, y mucho menos á la de esta noche, por ser el diputado que la da, muy amigo suyo.

—Si lográsemos ver á Rossi. . . .

—Entonces yo le obligaría á confesar lo que había sido de D. Antonio.

—Yo sé el café á que suele concurrir, y si quieres iré á ver si está en él.

—Perfectamente: nada omitamos de nuestra parte.

—Entretanto, tú quedas aquí por si viniere el jóven médico.

—Muy bien.

—Adios.

Y Enrique abandonó el salon lleno de inquietud, en tanto que la concurrencia, entregada al placer, seguía bailando con el

entusiasmo que prestan á la juventud las ilusiones y el amor.

Miguel, arrastrado por una fuerza desconocida hácia la mujer que amaba, volvió á fijar los ojos en ella, no bien se alejó Enrique. Huyeron de su mente todos los pensamientos tristes que hasta entonces le habian dominado, para no ocuparse mas que de Luisa.

El mas ligero de los movimientos de aquel sér celestial, el crujir de sus vestidos, la melancólica sonrisa que vagaba por sus nacarados labios, la misma agitacion con que respiraba, tenian para él misterios y recuerdos sublimes.

Enbriagado de placer, trasportado á una region aérea, divinizada por su poética fantasía, y ocupado exclusivamente en contemplar al sér de celestiales formas por quien latia con violencia su corazon, no advirtió, como antes dijimos, que él tambien era objeto de la atencion de un hombre, que no apartaba de él la vista.

Este hombre era Fernando, que desde el otro extremo de la sala, y ardiendo en ira

y celos, miraba á su rival recreándose en contemplar las gracias de aquella mujer que le habia jurado mil veces amor.

Este pensamiento y la persuasion en que estaba de que Miguel era el autor de la carta escrita á Luisa, le exaltaron de tal manera, que cruzando con velocidad el espacio que le separaba de Miguel, le dijo en voz baja acercándose á él:

—Necesito hablar con vd. dos palabras.

—Las que vd. guste.

Contestó Miguel apartando con sentimiento la vista de su amada Luisa, y fijándola sorprendido en Fernando.

—Pero aquí no estamos bien, porque nos observan.

—Pues salgamos de la sala.

Replicó Miguel, y ambos salieron al corredor. Entonces, Fernando, deteniéndose en un sitio por donde nadie pasaba, y sacando la carta de que hemos hecho mencion varias veces, le preguntó:

—¿Es de vd. esta carta?

Miguel fijó los ojos en el papel que le mostraba, y quedó extático. Al arrojar la

carta no pudo imaginar jamás que Luisa le vendiera; creyó, sí, que sus ruegos fueran tan estériles como habían sido hasta allí; pero de ninguna manera que pusiera en manos de su esposo el papel que, impulsado por un sentimiento irresistible de amor, se había atrevido á escribirla. ¿Qué debía, pues, pensar al ver aquellos renglones en poder de Fernando...? Miguel pensó lo que menos debía pensar, esto es, que Luisa, convirtiendo el amor que un tiempo le había jurado, en desprecio y aborrecimiento, había entregado voluntariamente aquel papel al hombre á quien estaba unida y por el cual le olvidaba.

Esta idea desgarradora para todo el que como Miguel diviniza á la mujer que ama, llenó de amargura su corazón: desapareció del alma el encanto que presta la dulce creencia de ser amado; se desvanecieron las mágicas ilusiones que revisten de cierto indefinible hechizo aun la misma grata tristeza que sentimos al creernos amados sin poder ser correspondidos: vió huir de sus ojos la risueña perspectiva que en lontananza le

había presentado hasta entonces su presentimiento de ventura; y abrumado por el peso del desengaño que marchitaba las flores de su esperanza, y cansado de una vida sembrada para él de contratiempos, contestó con esa profunda amargura de un corazón que nada espera.

—Jamás acostumbro mentir: esa carta es mía.

—¿Y no sabe vd. que los pensamientos expresados con tinta á una mujer casada, reclaman del marido, si tiene honor, una firma de sangre?

—Lo hice con ese conocimiento.

Contestó Miguel con la mayor sangre fría.

—¿Luego insiste vd. en amarla?

—La amaré mientras viva.

—Pues yo necesito la vida de vd. para que no la ame.

—Estoy pronto á dársela á vd. en la punta de una espada ó en la boca de una pistola.

—Ha comprendido vd. mi pensamiento.

—Es la segunda vez que lo comprendo, aunque en la primera ignoraba el motivo.

—Por eso fué vd. entonces mas afortunado.

—Es cierto; logré desarmar á vd. en el combate, é impedí que, al acercarse mis soldados, matasen á vd.

—Dios le inspiró á vd. aquel rasgo para que hoy muriera vd. á mis manos.

—Procuraré ahorrarle á vd. ese trabajo.

—Salgamos. Pasarémos por la casa de un amigo, y cogereámos espadas; en la calle tomaremos un coche de alquiler, y en menos de media hora uno de los dos habrá dejado de existir.

—Vamos donde vd. guste.

Y apoyándose uno en el brazo del otro, salieron de la casa, tomaron un coche en la plaza de Armas, y entraron en él como si fuesen dos íntimos amigos.

A pesar de haber sido tan pocas las palabras que en la sala cruzaron entre los dos antiguos rivales, Luisa sospechó lo que trataban; pero tuvo que disimular hasta que acabaran de bailar la contradanza. Terminada ésta, Luisa se sentó abatida, entregada á los mas funestos presentimientos: estaba

persuadida de que Fernando y Miguel habian salido á combatir, y que tal vez en aquel instante uno de los dos caia sin vida á los piés del otro maldiciendo su nombre.

¡Terrible situacion era la suya! ¿Quién es capaz de expresar lo que pasa en el corazon humano, en esa lucha de afecciones íntimas y encontradas, en que la voz del amor y la del deber hablan con fuerza igual en el alma de una jóven?... .

Luisa se sentia morir, y sin embargo, tenia que mostrar á los que la obsequiaban, grata sonrisa en los labios cuando estaba desgarrado su corazon!....

Entretanto Miguel y Fernando caminaban silenciosos hácia el sitio en que debian medir sus armas.

Lo que pasó despues, lo podrá ver el lector en su lugar correspondiente.